



Círculo Rojo  
EDITORIAL



# LOS GENES DE DIOS



# LOS GENES DE DIOS



SEBASTIÁN MARTÍN BALBUENA



Círculo Rojo  
EDITORIAL

Primera edición: marzo 2022

Depósito legal: AL 683-2022

ISBN: 978-84-1128-922-1

Impresión y producción: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Sebastián Martín Balbuena

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

[www.editorialcirculo rojo.com](http://www.editorialcirculo rojo.com)

[info@editorialcirculo rojo.com](mailto:info@editorialcirculo rojo.com)

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

*Dedicado especialmente a mis mujeres: a mi madre, Gloria, que me dio la vida; a mi mujer, Mary, que comparte mi vida, y a mi hija, Paula, que transmite mi vida.*





*Los sueños humanos son la premonición de lo que la  
ciencia puede llegar a hacer.*

*La ciencia es la realización de los sueños humanos.*



## PRÓLOGO

Este libro pretende enseñar lo que la ciencia puede llegar a hacer, pero también es una crítica al uso de la misma y a las pretensiones del ser humano. Ciencia y religión tienen un punto en común: explicar al ser humano el origen de la vida, controlar el origen de esta y pronosticar el futuro. Ambas pretenden de alguna forma manipular el libre albedrío humano, pero también intentan hacer que tengamos una vida mejor aquí o en el otro lado.

Al principio todo era explicado por las diferentes religiones, pero, desde que nació la ciencia, esta ha ido sustituyendo progresivamente las ideas del mundo que la religión enseñaba. Actualmente, la ciencia es la nueva religión, explica el mundo y supuestamente mejora nuestras vidas. Pero también crea adeptos y modifica nuestra libertad para actuar, convirtiendo a la sociedad actual en cobayas de la ciencia, de la cual no es fácil apartarse, especialmente de la ciencia de las telecomunicaciones, o eres excluido del grupo. No todo es malo en la religión y no todo es malo en la ciencia. Ambas han permitido a la especie *Homo sapiens* poder vivir en sociedad. Inicialmente, la mayor parte de las religiones inculcaban miedo al castigo divino, so pena de tener una vida en el más allá llena de sufrimiento. Las religiones, en parte, evitaban así la pillería de robos, violaciones y asesinatos que podría haber en las sociedades primitivas donde, a falta de un grupo organizado dedicado a la defensa tal y como hoy conocemos al Ejército o a las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado, era la ley del más fuerte, sobreviviendo aquellos que sobre todo establecían acuerdos y lazos con otros para defenderse mutuamente y vivir lo mejor posible. Las primeras religiones nacieron para imponer un control a la innata naturaleza beligerante del *Homo sapiens* que mediante el miedo a los primeros dioses instaban a sus creyentes o bien a vivir sumisos o bien

a morir por sus creencias. Los chamanes, sacerdotes o hijos de dioses se consideraban representantes divinos y sometían y controlaban con miedo y castigo a sus coetáneos.

La ciencia hoy día ha mejorado sin duda nuestro conocimiento de quiénes somos y dónde estamos atisbando una luz hacia dónde vamos. Sin duda, ha salvado millones de vidas y nos ha hecho la existencia más cómoda, pero no olvidemos que esta misma ciencia ha sido fuente de destrucción y de millones de vidas perdidas en guerras armamentísticas, nucleares y biológicas. Ha habido pandemias descontroladas por la globalización y suicidios por la desprotección de datos. Siempre hay dos caras de la misma moneda. Han nacido y sobrevivido niños que, sin ciencia, no hubieran llegado a este mundo; pero también abortos, tema ético aparte, que no se hubieran practicado de no tener esta ciencia que nos enseña.

Ni religión ni ciencia son todo bueno o todo malo: depende del color de la lente de quien y con el que se mire. La mayor parte de las veces en una y en otra no están todos conformes con el resultado y solo beneficia a unos para someter a otros.

En este libro se ponen sobre la mesa ciencia y religión, cada vez más cerca la una de la otra, para que el lector saque sus propias conclusiones. Los datos científicos más relevantes que aparecen son reales, otros serán reales próximamente y un pequeño porcentaje es lo que la ciencia hará en los próximos años, por lo que la historia que están a punto de leer podría ser una realidad en unos años.

Soñar es libre, pero hacer realidad los sueños puede tener consecuencias que afecten a toda una existencia.

## CAPÍTULO 1

*Ein Gedi, Israel*

— ¡Jefe, jefe —dijo gritando un empleado al arqueólogo encargado del proyecto de excavación de la orilla oeste del mar Muerto, al sur de Jerusalén, en Israel—, hemos encontrado algo!

El encargado de la excavación era el doctor Antonio Gómez, reputado arqueólogo a nivel mundial, catedrático de Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid, especializado en la historia del cristianismo.

Rápidamente el doctor Gómez dejó el mapa que estaba mirando en la mesa de madera dispuesta en un lado de la excavación y se dirigió hacia donde le había señalado el estudiante. Era la una de la tarde y, con una temperatura de 40° a la sombra, hacía un calor insoportable. Cuando el doctor Gómez se acercó, encontró un enorme agujero en el suelo del que salía una ingente cantidad de polvo, a través del cual no se podía observar nada más que oscuridad. Con el pañuelo cubriendo la boca y la nariz para evitar inhalar aquel polvo, y con las gafas de sol puestas, iluminó con su linterna el interior del agujero, sin atisbar nada más que partículas de polvo en suspensión.

—¿Cómo ha ocurrido esto? —preguntó el catedrático al estudiante.

—La arena empezó a desaparecer en el suelo bajo mis pies, por lo que me asusté y me aparté rápidamente. Diez segundos después se hundió todo el suelo y apareció este socavón. Menos mal que me retiré a tiempo —dijo el estudiante aún con el susto reflejado en su cara.

—Vale, asegurad la zona, no vayamos a tener más sorpresas. Que todos los estudiantes y trabajadores se tomen el resto del día libre has-

ta que nos aseguremos que no se hunde el suelo. Llama a María, que estará en su tienda, para que vea esto ahora y tómate también la tarde libre de momento.

Rápidamente el estudiante fue corriendo a avisar a María, la estudiante de doctorado y mano derecha del doctor. Cinco minutos más tarde se presentó junto al socavón.

María era la alumna más aventajada de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Autónoma de Madrid. Era una chica de veintinueve años; pelo lacio, moreno oscuro; tez morena, de aspecto afilado y agradable, con facciones bellas, y un cuerpo delgado y atlético de 1,75 metros dado que años atrás había pertenecido al equipo femenino de atletismo de la facultad. María no solo era una chica guapa que hacía que los chicos sucumbieran a sus deseos; era también la alumna con mejores notas en la facultad tras graduarse en Arqueología, razón por la cual había sido seleccionada para una beca de investigación que utilizaba para hacer su doctorado. Estudiaba la influencia de la cultura egipcia en el cristianismo.

—¿Qué ocurre, doctor Gómez? —dijo María.

—Hay aquí, como ves, un agujero en el suelo que impresiona ser una cámara de aire. ¿Ves estos bordes? —dijo señalando el borde del agujero—. Estos dibujos... ¿Sabrías tú decirme algo al respecto?

María se agachó y examinó con cuidado los dibujos de los bordes del agujero. Parece egipcio, pero ¿qué hace en Israel? —dijo perpleja la doctoranda.

—María, ten cuidado; no podemos estar seguros de la estabilidad del suelo de la zona. Llama a tres hombres de confianza de la excavación, coge la cámara de vídeo con una cuerda y conéctala al portátil. Traed los focos y acordonad la zona. Que otros hombres limpien los alrededores del agujero. Al resto ya he dicho que se tomen de momento la tarde libre. No des demasiada información hasta que sepamos más; di simplemente que hay un agujero en el suelo y peligra estar cerca del mismo.

Treinta minutos más tarde la zona estaba acordonada a unos veinte metros del socavón y, mientras María preparaba la cámara de vídeo añadiendo un cable que fuera lo suficientemente largo, el resto se ocupaba de limpiar los bordes del agujero y el área alrededor con sumo cuidado

mientras preparaban el ecorradar para estimar las dimensiones y la forma de la cámara subterránea.

—¿Qué observas con el georradar? —preguntó el doctor al hombre que estaba manipulando la máquina una vez que esta estaba disponible y funcionando.

—Parece que hay una cámara de unos cinco metros de largo y, por la forma, parece que es natural; tiene unos bordes muy irregulares. Calculo que puede tener unos tres metros de ancho aproximadamente y una profundidad de unos cuatro metros más o menos. El resto de la zona parece segura; no se observan bolsas de aire ni líquidos en los alrededores del agujero. Miraré el resto de la zona, no vayamos a llevarnos sorpresas —dijo el hombre.

—Bien. En cuanto esté todo dispuesto, introducimos la cámara y vamos grabando —dijo girando la cabeza hacia donde estaba colocada María, junto al portátil, a unos cinco metros de distancia.

—Ya podemos —dijo María mientras cogía la cámara, pulsaba un botón para iniciar la grabación y descendía la cámara sujeta a una cuerda mientras los focos iluminaban toda la estancia aún cubierta por el polvo del desierto que había caído tras el derrumbe.

Mientras María iba descendiendo lentamente la videocámara por el socavón intentando que no girara demasiado por la cuerda y procurando mantenerla lo más fija posible, el catedrático observaba la pantalla del ordenador. Aún no se observaba el fondo por las partículas que aún había en suspensión. Era difícil ver el fondo.

—¡Benjamín! —dijo mirando al chico que estaba limpiando uno de los bordes del agujero—, ¿puedes coger la máquina que utilizáis para limpiar el polvo y ponerla en modo aspiración? Introdúcela en el agujero con cuidado y aspira todo el polvo que puedas, por favor. ¡Ponlo a la máxima potencia!

Rápidamente Benjamín fue corriendo a la tienda de campaña donde tenía el aparataje y apareció con la aspiradora. Pulsó el botón de aspirado, se agachó, introduciendo la manguera con sumo cuidado mientras María retiraba la videocámara, y procedió al aspirado. El aire con polvo salía silbando por la parte posterior del aspirador y así estuvo durante cinco minutos. Una vez que observó que no salía más polvo, lo retiró.

—Ya está, doctor —dijo—. No hay más polvo.

—Gracias, Benjamín. María, te toca —dijo mostrándole una sonrisa.

Inmediatamente María volvió a introducir la videocámara en la estancia. Ahora la imagen era mucho más nítida que antes. Mientras la videocámara descendía, se observaban en la pantalla del ordenador unas paredes blanquecinas de aspecto natural, sin signos de manipulación artificial. Al llegar al fondo, la cámara no pudo más que grabar los laterales de la estancia y algo al fondo, arenoso y con puntos brillantes que dedujo era sal dada la cercanía del mar Muerto, que se encontraba a escasos metros. La cámara no pudo observar nada más, nada que llamara la atención.

—Está bien —dijo el doctor—. Sube la cámara, María.

María subió la cámara y, una vez arriba, enfocó con el zum hacia abajo con el fin de ver mejor el fondo una vez que había quedado despejado del polvo. María observó entre los escombros que yacían en el fondo, en lo que antes había sido la cúpula de la cámara, los restos de una losa con inscripciones que parecían egipcias. Era lo que se había derrumbado y que ahora estaba en el fondo de la fosa, pero no observó nada más.

—No hay nada más, doctor —dijo María—. Si quiere, podemos bajar y recoger los restos de la losa, y observar a ver si vemos algo más.

—De acuerdo. Bajaremos con unos arneses y la grúa, no vaya a derrumbarse el suelo del socavón también.

Rápidamente María recogió la videocámara y, con el entusiasmo de descubrir algo nuevo, avisó a dos de sus hombres comentándoles lo que iba a hacer.

Veinte minutos después María estaba sujeta con unos arneses y estos, mediante una cuerda, a la grúa de una camioneta. Instantes después comenzó a descender lentamente al ritmo del motor del vehículo. Una vez que descendió unos cuatro metros, iluminó el suelo con la lámpara de su casco porque los focos no podían iluminar completamente la estancia. Todo era una cueva natural. Grabó el fondo antes de tocar nada y, con un pincel, apartó lentamente la arena de los trozos de losa que habían caído. Volvió a filmarlas y, con la misma cámara, las fotografió. Posteriormente fue cogiéndolas con sumo cuidado mientras las depositaba en la bolsa que colgaba a la izquierda de su cintura.



—Puedes subir la bolsa —indicó gritando al operario que estaba de cuclillas en el borde del agujero.

Inmediatamente la bolsa comenzó a subir. Treinta minutos después habían subido cuidadosamente todas las rocas que habían caído hasta quedar el suelo totalmente limpio del desprendimiento del techo de la bóveda.

María había permanecido en suspensión mientras limpiaba el fondo.

—¡Doctor! —dijo gritando—, ¿puedo pisar el fondo y comprobar la estabilidad?

—Está bien, María, pero ten cuidado.

Inmediatamente María, con el corazón en un puño, dejó caer sus pies sobre el fondo, pero aún sujeta a los arneses que aseguraban su estabilidad.

—¡Parece seguro! —gritaba para que la oyeran—. ¡Es un suelo arenoso! ¡Es arena fina y parece que tiene gran cantidad de sal!

Cogió el cepillo que llevaba colgando a su izquierda y comenzó a remover lentamente la arena compacta del fondo. Nada más llevar un minuto apartando la arena superficial vio aparecer un trozo de tela.



## CAPÍTULO 2

*Habitación 3-08B, hospital La Vega, Murcia (España), 03:42 h*

Por la ventana asomaban dos enormes ojos rojos que progresivamente iban acercándose y, sin embargo, a pesar del miedo, permanecía inmóvil y paralizado, sin escapatoria, sin poder salir corriendo ni levantar la mano para apartarse de aquella enorme figura que se abalanzaba sobre él. De repente despertó. El teléfono, o coloquialmente llamado busca, estaba sonando con ese sonido tan característico, como si una bomba estuviera a punto de explotar. Intentando orientarse, levantó el brazo derecho para buscar el dichoso busca en la mesita que quedaba a la derecha de la cama. Tanteando a ciegas, medio dormido y con la luz apagada, logró cogerlo y, como pudo, presionó la tecla donde creía que se descolgaba. Al otro lado hablaba una enfermera:

—Doctor Martín, soy Carolina, la enfermera de la segunda derecha. El paciente de la 213B ha entrado en parada cardiorrespiratoria.

Rápidamente se levantó y, vestido como estaba con el pijama blanco, buscó a tientas los zuecos en la izquierda de la cama. Se levantó y, a tientas, encendió el interruptor de la luz, que extrañamente quedaba dispuesto al otro lado de la habitación. Cogió el fonendoscopio, el teléfono y un bolígrafo, y lo introdujo en el bolsillo del pijama, y tras abrir la puerta de la habitación salió corriendo por el pasillo. Cuando llegó treinta segundos después, el paciente se encontraba rodeado de enfermeras y auxiliares que ya estaban colocándole un catéter venoso para poder administrarle medicación mientras el familiar, una hija, esperaba nerviosa haciendo aspavientos con las manos y moviéndose de un lado para otro, estorbando en la puerta de la habitación.

Unas enfermeras estaban movilizando al paciente lateralmente para poner una tabla rígida bajo el mismo. El llamado *carro de parada*, con todo el instrumental necesario para asistir a una parada cardiorrespiratoria, estaba a los pies del paciente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó a la que parecía ser la enfermera encargada del paciente—. ¿Me podéis traer la carpeta de la historia del paciente?

—Hace unos cinco minutos la hija ha presenciado, mientras el paciente estaba dormido, que ha dejado de respirar y ha avisado por el timbre a enfermería. En cuanto he visto el color del paciente le he avisado, doctor —respondió la enfermera.

—Rápido, colocad los electrodos del electrocardiograma y encended el desfibrilador. Coged un ambú, enchufadlo a la toma de oxígeno al cien por cien y empecemos con la reanimación respiratoria.

Rápidamente puso el segundo y tercer dedo de su mano izquierda sobre la parte lateral del cuello del paciente, intentando buscar el pulso de la arteria carótida. Comprobando que no existía, se colocó a la derecha del paciente, encima de la cama, juntó sus dos manos, una encima, entrecruzadas, y las colocó sobre el pecho del paciente, iniciando la resucitación cardiopulmonar con movimientos de presión rítmica sobre su pecho, en la zona en que se supone que estaba el corazón, a una velocidad de más de una presión por segundo, manteniendo los brazos rectos y solo realizando movimientos de flexión y extensión con su propia columna. Mientras otra enfermera tenía colocado el ambú, una mascarilla cerrada con oxígeno, sobre la boca y la nariz del paciente. El resto de enfermeras se estaban encargando de cerrar la puerta, echar la cortina que lo separaba del paciente de al lado, colocar los electrodos del electrocardiograma sobre el paciente y leer el historial del mismo.

—Es un varón de ochenta y tres años con antecedentes de hipertensión arterial, fibrilación auricular, diabetes *mellitus* y cardiopatía isquémica. Ha tenido anginas de pecho previas y tiene un *stent* coronario —dijo una de las enfermeras.

Mientras escuchaba los antecedentes del paciente, continuaba con la reanimación cardiopulmonar a un ritmo de treinta presiones torácicas, y posteriormente la enfermera dos ventilaciones con el ambú. El electrocardiograma empezó a mostrar el ritmo del paciente cuando